

"PRINCIPIO Y TERMINO DE LA BIOLOGIA"

Hace ya días que leímos el último libro del Profesor Pi y Suñer, intitulado *Principio y término de la Biología*, publicado por el Ministerio de Educación Nacional, y aún queda en nuestro ánimo un delicado y sutil acento de extrañamiento gozo. Y es que, tal vez, el gozo científico no está en encontrar de repente una explicación lógica y adecuada de la vida; sino en ese viaje inefable a través de la duda y en esos remanentes, suaves y armoniosos, donde reposar de vez en cuando, pero sin encontrar jamás aquella meta lejana a que la corriente del saber nos conduce.

Principio y término de la Biología es todo un compendio filosófico que nace de las mismas entrañas biológicas y descansa, a ratos, en las disquisiciones metafísicas.

La Biología principia en la Física y termina en la Metafísica. Cierto. Pero su comienzo y su fin no están marcados por aristas definidas y precisas sino que sus límites tienen perfiles sinuosos y difuminados que, unos, los materialistas, lo acortan en su interpretación insuficiente; y otros, los que admiten un sentido de la vida más complejo, lo alargan, como los flecos sutiles que supo dibujar el Greco, por un lado hacia las alturas supremas de lo infinito y por otro, hacia la profundidad sin fondo del abismo, pero sin poder demarcar jamás una silueta firme y recta.

Las raíces de la Biología se pierden, enredándose en mil nudos que la cien-

cia no ha desatado todavía, en las honduras idescifrables de la célula y el cromosoma; y su final avanza, vago e impreciso, hacia las ramas engarzadas y entremezcladas con aquellas otras que emanan de la Metafísica.

Desatar aquellos nudos y desengarzar estas ramas ha sido la tarea que se ha tomado el Profesor Pi y Suñer en su obra *Principio y término de la Biología*.

Pero, además de eso, Pi y Suñer, ha recorrido el tronco, firme y enhiesto en la actualidad, de los conocimientos biológicos modernos, por el cual corre la savia que lentamente les va llegando de las raíces, subiendo hasta las hojas que, allá en la altura, se mueven, silenciosamente, empujadas por una ráfaga de fe y optimismo.

Ni las ciencias más hechas, dice Pi y Suñer, pueden prescindir de su atmósfera metafísica: la mecánica, la física, la química han de acudir a principios imaginados para sus explicaciones. Newton repetía: "no hago hipótesis" y no podía evitarlas. Gravitación, energía, calor, luz, electricidad y magnetismo. Palabras de que nos valemos para explicar propiedades y fenómenos. En el caso de la Biología tal atmósfera es más espesa, porque la Biología es difícil por su mayor complejidad y extensión y porque nuestros conocimientos son menos.

No se puede desalojar a la Biología de esa atmósfera densa que la envuelve, porque precisamente esa niebla me-

tafísica es la que da nombre y vida a la ciencia biológica. Sin aquella quedaría la Biología reducida a una expresión físico-química, ordenada y exacta, tal vez, pero inacabada. Faltaría la dirección en que son movidas esas fuerzas; carecería de finalidad, y ésta, la congruencia a una finalidad, es la característica esencial de la Biología. A esta guía de las fuerzas físico-químicas las llamó Reike "la dominante", que para Pi y Suñer no es más que la "reproducción en lenguaje moderno de las ideas animistas de Chauffard, de principios del siglo XIX", de neto abolengo aristotélico, como sabemos.

Ni las diastasis, ni los principios, ni las substancias; mucho menos la excitabilidad nos explican la vida. Casi siempre nos satisfacemos con bien poco. Una observación, una prueba experimental de un fenómeno cualquiera nos proporcionaría una satisfacción científica, un orgullo legítimo, pero es demasiado exigir al fenómeno que nos aclare la complicada urdimbre de la vida.

Por eso es admirable ver manejar al fisiólogo las espigas que mueven los resortes de la vida y después de movidas todas, una a una, juntarlas de nuevo para contemplarlas unidas, porque allí, en el fondo del haz firme y apretado, se encuentra la sutil espiga, invisible y eterna que da el sabor profundo y misterioso de la vida.

No es en cada espiga ni mucho menos en cada grano donde vamos a encontrar los acentos vitales; es en el conjunto de espigas y en los millones de granos donde se esconde la verdad indisoluble de la vida. Desmenuzar sí, el haz y la espiga, como diseña el maestro, pero volver de nuevo a unir las espigas y juntar los granos en el cuenco de la mano y, después, tener el valor de contemplar el espectáculo sublime de su unión armónica y perfecta.

Pi y Suñer nos ha hecho pensar con

la lectura de su libro. Algunos capítulos los hemos leído tres y cuatro veces, y en ningún momento hemos alcanzado a vislumbrar los destellos personales que lógicamente le corresponderían. Pi y Suñer parece como que solamente quisiera acompañarnos a otear la ciencia biológica, conduciéndonos dulcemente hacia sus maravillosos nudos, sin intromisiones personales ni fantásticas teorías petulantes; su compañía a través del libro es la del genio maduro que guía no solamente a los aficionados, curiosos de estos temas, sino a los modernos científicos iconoclastas.

A veces se nos aparece duro e inflexible, sobre todo con un nombre o una teoría; otras, se nos muestra resignado ante la duda cósmica; pero siempre su estilo es firme, grave, como el pensamiento engendrado por honradas huellas de meditación.

Eso es el libro de Pi y Suñer en su profundidad: meditación biológica, densa y sublime.

Los interrogantes científicos de "Principio y término de la Biología" son los mismos que nuestro espíritu se ha dirigido muchas veces al contemplar el panorama de la vida; pero Pi y Suñer ha sabido socavar los conocimientos actuales hasta desmenuzarlos en la arena fina que queda diseminada a lo largo del libro.

Y eso es lo principal que hemos aprendido; a analizar los fenómenos para luego contemplarlos desde las alturas de nuestro conocimiento. En la ciencia no es lo principal el saber fondar, lo que es casi siempre inaccesible a nuestras fuerzas, sino el saber bucear a un lado y otro y ver, allá en el fondo, la arena sutil del misterio.

Misterio que no puede descifrar la ciencia, pero que sí puede, en cambio, conducir a inclinarnos humildes, reclinados en la Fe, ante el problema insondable de la vida.

Caracas, octubre de 1941.

José María Bengoa